

de don Juan Varela. Y la comparación es acertada, pues la similitud está no sólo en la pureza y elegancia del estilo sino también en el "costumbrismo" típico español. Es Valera y también, en un grado tal vez mayor, Pereda, quien viene a nuestro recuerdo al leer estas páginas. La descripción de los caracteres psicológicos es llevada hasta su justo término, sin ahondar demasiado y sin tampoco abocetar. Hay un gran equilibrio en la obra y si algún defecto pudiéramos señalarle, él sería únicamente el de su brevedad.

Hace poco nos ocupamos en estas mismas columnas de dos obras anteriores del autor: su biografía de Legazpi, conquistador y pacificador de Filipinas; y su historia del príncipe Saturio, místico y apóstol de los primeros tiempos del cristianismo en la península ibérica. Dijimos entonces que José Sanz y Díaz se señala como uno de los más efectivos valores en la nueva generación de escritores españoles, junto a Camilo José Cela, Tomás Borrás, María Alburquerque, Juan Antonio de Zunzunegui y otros más. Ellos son los dignos herederos y continuadores de la gran promoción, ya clásica, de comienzos del siglo: Baroja, Azorín, Insúa, López de Haro, Sassone, Fernández Flores, Marquina, Jiménez, Machado, etc.—
Juan Marín.

<https://doi.org/10.29393/At343-344-19LCAB10019>

LIBROS COLOMBIANOS

La editorial "Iqueima", de Bogotá, se encuentra empeñada en una encomiable tarea de divulgación de nuevos valores literarios; a tal efecto, publica una revista de primer orden: el mensual de artes y letras "Espiral" que lleva ya cuarenta y tantos números; además, mantiene ediciones "Espiral" cuya finalidad es la de publicar libros de autores nuevos y, especialmente, las obras premiadas en los concursos habitualmente efectuados por la revista mencionada.

Todo esto, sin necesidad de apoyo gubernativo, protección es-

tatal ni nada por el estilo. Puro esfuerzo cultural de quienes piensan con seriedad en el valor permanente de la cultura y en la pervivencia de los pueblos sólo por la obra de sus artistas, sus literatos, sus filósofos, sus dramaturgos. Gente compenetrada del pensamiento helénico y que, como los griegos, cree en la conveniencia de levantar templos cuya solidez asombre a las futuras generaciones, conmoviendo, asimismo, su sensibilidad estética con la belleza permanente prendida en la gracia de sus frisos, columnas y capiteles.

Entre otros muchos títulos editados por editorial "Iqueima" para ediciones "Espiral", puedo mencionar *Sombras al Sol*, una recia novela de Clemente Airó; *Los Sueños, Sueños Son*, teatro de Osvaldo Díaz Díaz; *Dos Veces la Muerte*, cuentos por Ramiro Cárdenas; *Tiempo de Luz*, versos de Rafael Maya; *La Sangre Petrificada*, teatro de Alberto Don, a los cuales habré de dedicar pronto un comentario bien merecido, pues cada una de las obras señaladas tiene considerable valor y no ha sido publicada por el mero afán de echar a perder el papel ensuciándolo con tinta.

Ahora, me voy a referir a un manojito de poemas: *El Libro de las Lamentaciones*, publicado por Julio Echeverry Saavedra en la mencionada editorial, tras de haber logrado el Premio "Espiral" 1952 (grave antecedente para un libro de poemas nacido en tierra de poetas).

Un versículo de Jeremías nos espera a la entrada para entregarnos la brevedad de su dolorosa sabiduría; después, nos hallamos con temas trascendentales: "La Tierra", "El Agua", "El Fuego", "Los Astros", "El Bosque", "El Arado", "La Flauta", "Los Muertos", "El Poeta". Son títulos de poemas integrantes del libro. Y hallamos tales títulos demasiado ambiciosos, pues el poeta no habla de un jirón cualquiera de tierra, ni de una porción cualquiera de agua, ni de un astro, un arado o una flauta, sino de "la" tierra, "el" agua, "los" astros, "la" flauta. Su palabra va a abarcar todo el género sin recortes ni rodeos. Veamos cómo lo hace.

Dice en "La Tierra":

*Era el pan de los hombres
cuando el sol para todos alumbraba;
cuando el agua corría por mi cuerpo
como una vena desbocada;
y la llama, encendida en el hogar humilde,
se alimentaba siempre con la voz del abuelo
y el miedo
de los niños.*

*Me amasaban cantando
y los adolescentes, echados sobre el trigo,
tendidos sobre el heno,
confundían el corazón con un cántaro.*

*Los caminos conducían al beso,
o regresaban de las eras,
como brazos cordiales que esperan a un amigo.*

*Todo era tan sencillo ...
aventar el grano,
exprimir la poma de una mujer intacta
sobre la hierba,
creer en Dios,
morir.*

*Todo era simple sobre mi corteza.
Esperar la plenitud de las espigas
y mirar cómo crecían las cinturas.
Sentir entre los dedos el roce de la harina,
y pensar en el hijo.
Oír como subía la savia por los árboles
y ver en cada nido
un corazón despierto.*

*Escuchar en otoño el caer de las hojas
en los parques vacíos,
y pensar con ternura en los ancianos.*

*Palpar todos los bosques míos
—perfumados abetos bajo invisibles arcos—,
y sentir el calor que iba perdiendo la sangre de los hombres.*

¡Todo era simple sobre mi corteza! . . .

No tengo la más remota idea de quién será Julio Echeverry Saavedra, de suerte que ignoro si éste es su primer libro (aún cuando lo suponga) y no tengo idea de su edad (pese a lo cual lo creo muy joven). En consecuencia, no enturbia mi juicio la vivencia física del poeta y puedo hablar sin traba alguna para decir que la lectura del poema, transcrito íntegramente para su mejor examen, me da la impresión de un pequeño pájaro ambicioso de vuelos amplios lanzado a ellos impulsivamente sin que las alas le respondan del todo. ¿Es esto un fracaso? ¿Debe la experiencia concitar el desánimo? No lo creo, porque si el poeta no ha logrado su ambicioso proyecto en plenitud ha puesto en evidencia su capacidad para volar. Ahí están para demostrarlo esos versos:

*Los caminos conducían al beso,
o regresaban de las eras,
como brazos cordiales que esperan a un amigo.*

O cuando dice:

*Todo era tan sencillez . . .
aventar el grano,
exprimir la poma de una mujer intacta
sobre la hierba,
creer en Dios,
morir . . .*

Pero casi todo el poema deja una sensación de anhelo incumplido, de afán incompleto.

Avancemos, sin embargo, y lleguemos al poema siguiente: "El Agua", lleno, también de imágenes nuevas, o, por lo menos, novedosas, bien logradas:

Las pupilas abiertas
—*incoloros paisajes de nubes y de cauces—*,
en la sorda vigilia de las horas que llegan
al muelle del silencio
para atracar el roto velero de la sangre.

Y, aún cuando salte al oído un ripio bien notable: el *roto* velero, se saborea a cabalidad la gracia de la imagen, la fluidez del verso y el hondor del pensamiento.

No voy a seguir en detenido análisis de cada poema sólo por razones de espacio; pero ello no significa, en modo alguno, inferior calidad de los demás; por el contrario, en mi concepto algunos de ellos son superiores y me he detenido más en el primero, deliberadamente, porque ello me daba mejor oportunidad para señalar debilidades o defectos. Así, por ejemplo, en "Los Astros", me parece ver un mayor acierto de Echeverry. No quisiera abusar de las citas, pero no resisto al deseo de mostrar partes substanciales del poema. Dice, por ejemplo:

Siglos atrás; del fondo sin medida
de la primera noche,
surgimos y rodamos por las mejillas tibias
de la aurora inicial.

Las criaturas, las casas,
giraban sin anillas
en la raíz del tiempo.

.....
Brotó la primer poma
—la de tímida esencia,

*la de mieles intactas—,
y la llamamos Eva.*

.....
*Crecieron las cinturas;
se llenaron de savia los tallos promisorios;
derramaron su fruto las espigas sobre las boces rústicas,
y el hombre miró al cielo
para encontrar su ruta.*

Así, también, en "El Arado" espigamos estos felices hallazgos de expresión en los cuales la imagen fluye espontáneamente, sin esfuerzos aparente y llena de una gracia auroral:

*Badajo estremecido,
su pulso de alto fuego y de escondida greda
era una mano joven sobre el rostro del día.*

*Lenguas de duro acero
para el silencio blando de la tierra.*

Y, así, en cada uno de estos poemas es posible hallar grano maduro y no mucha paja, porque Echeverry, aún cuando tiene gran facilidad para expresarse, no abusa de ella y se contiene. Pero le hace falta mayor acendramiento, ceñirse más, condensar más.

Posiblemente esta opinión mía la dicta el hecho de ser yo un hombre de país frío y Echeverry fruto de la cálida y exuberante tierra colombiana donde vive y escribe; probablemente, también, el ambiente lírico colombiano, al cual responde Echeverry, tenga trascendente influencia con respecto a sus versos. No se me oculta todo ello; pero, así como el poeta vibra de acuerdo con aquel ambiente, yo reacciono de conformidad con mi sensibilidad.

Un balance imparcial de *El Libro de las Lamentaciones* entregue un saldo ampliamente favorable para el poeta. Por sobre vacilaciones, debilidades y más de una concesión a la arquitectura del ver-

so, a su son y su melodía, está la limpidez de las imágenes, su novedad y su frescura; está la profundidad de muchos conceptos y, sobre todo, la fluencia con que la palabra musicalizada cae en el espíritu del lector y le conmueve.—*Agustín Billa Garrido.*



“LA LITERATURA PERUANA. DERROTERO PARA UNA HISTORIA ESPIRITUAL DEL PERÚ”, de *Luis-Alberto Sánchez*. Editorial Guaranía, 6 tomos

En estos seis tomos Luis-Alberto Sánchez refunde y amplía sus trabajos anteriores aparecidos en 1928, 1936 y 1948. Se trata de una versión totalmente nueva escrita de acuerdo con los actuales puntos de vista del autor sobre la cultura peruana, amén de sus constantes pesquisas bibliográficas y las contribuciones de otros investigadores aparecidas durante los 25 años de continua elaboración y reelaboración de su obra.

Dos son los propósitos que animan al autor: relacionar la historia literaria con la vida cultural entera del Perú y hacer más bien *historia* que *erudición*. Siguiendo este plan dedica el primer tomo al estudio del protagonista de la historia y literatura peruanas, al escenario en que éstas se desarrollan, al análisis de las fuentes bibliográficas, a la presentación panorámica de la cultura aborígen en sus manifestaciones no escritas y, finalmente, incluye un sustancioso estudio sobre la imitación en la literatura peruana, que ya antes había sido desarrollado fragmentariamente por José de la Riva Agüero en su *Carácter de la literatura en el Perú independiente* (Lima, 1905).

De la obra de los cronistas del siglo XVI, Luis-Alberto Sánchez ha hecho un detenido estudio en todos sus aspectos: tendencias popular y cortesana, perfil psicológico de los autores, fuentes, estilo. Mención especial merece el acertado análisis de los escritos del Inca Garcilaso de la Vega, que avanza con mucho sobre las referen-